



y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

Las «diez claves» de Ramón Tamames

Utopía y contrautopía



A CABAMOS de leer, recién salido del horno, el último libro de Ramón Tamames, que transita ahora por caminos nuevos. La obra, compuesta por tres partes, desarrolla las diez claves para el año del «maleficio», éste que Orwell ha querido hacer famoso y, por fortuna, puede no serlo más que por la fecha de su profecía, es decir, por su título.

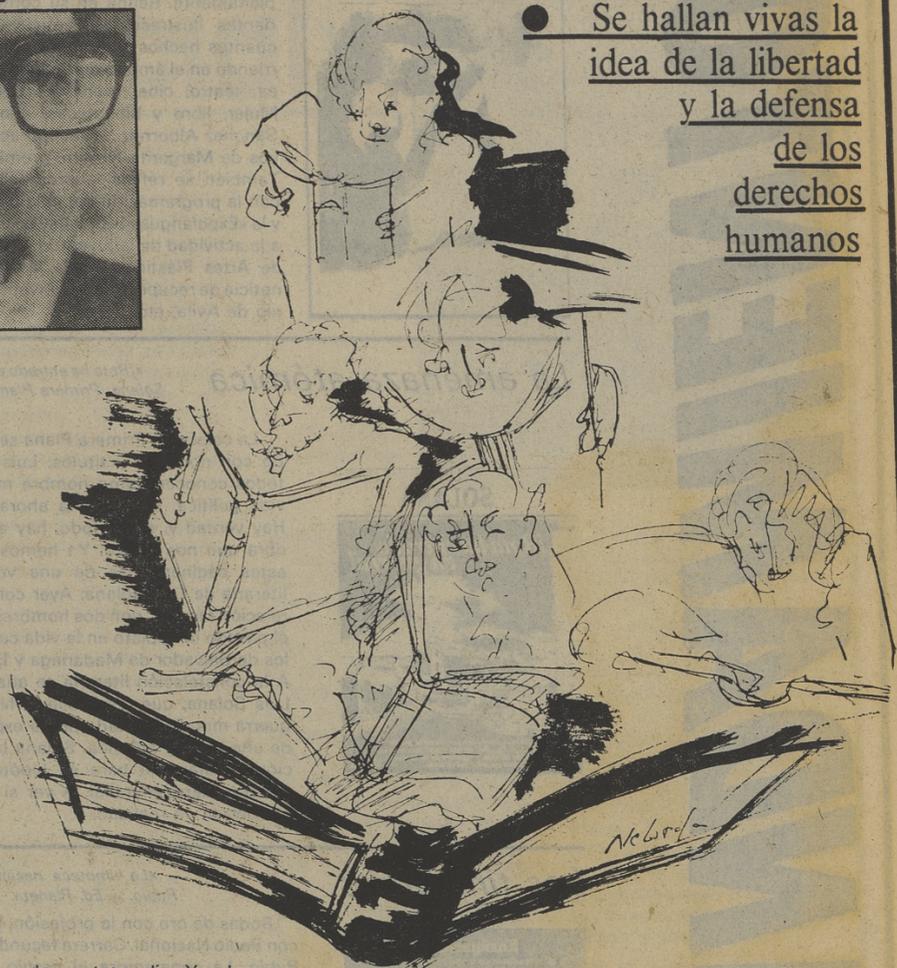
Para Tamames, «el gran hermano vigilante de todo y de todos no existe por doquier en el mundo en que vivimos». Ahora bien: «Sobre nosotros sí que pesan las más fuertes tensiones: la angustia de una vida cotidiana cuyo stress individual en lo personal es innegable, y en la que inciden, a nivel colectivo, las fricciones entre las dos superpotencias en su pugna por el planeta.» Sin embargo, el autor señala las dificultades del año, que no son pocas: las elecciones americanas; «las disponibilidades alimenticias del planeta pasan por una penuria considerable». La sequía también ha asolado a los Estados Unidos. Y están los numerosos países que se enfrentan a la grave problemática de la deuda externa. Se refiere en seguida Tamames a «El nombre de la rosa», de Umberto Eco, citando a Baroja: una novela es un saco en que cabe todo. Para Tamames, la novela de Eco es «un acopio de turbulencias, de pasajes de amor, de vehementes discusiones teológicas, de disquisiciones bibliográficas... a pesar de todo, en su

conjunto, constituye la larga y apasionada novela de la **contrautopía** más actual». Las novelas de Orwell y Eco son, de este modo, contrautopías. Pero hay también «luminarias». Porque, según Tamames, «sin utopía no puede haber contrautopía; y sin ambas, la realidad acaba de ser mediocre o meramente ilusoria».

Diez capítulos integran el libro: el autor se centra, en cada uno, en una «clave». Tamames parte nada menos que del «bing-bang», la gran explosión que dio origen al Universo, y se enfrenta a los grandes problemas, tal como hoy se formulan. Su libro es polémico, sobre todo en algunos puntos muy especializados —sin duda, los que él mejor domina—, y a esta sección le compete uno concreto: la tercera «clave», «Sobre la cultura: el libro todavía». De esta «clave» hablaremos. Diremos por delante que la obra es producto de largas reflexiones y tiene los visos de un programa de fondo. ¿Pienso Tamames fundar ese partido radical progresista

sobre el que tanto se ha especulado?

Tamames, en este punto, el de la cultura, es optimista y, por tanto, utópico. «El libro es y será siempre —escribe— el portador de ideas con un propósito de permanencia, más allá de la adormecedora televisión, y más allá también de la soledad del video.» Se vuelve el autor a la «Iliada» y la «Odisea» y a los inventores griegos de la filosofía. Hasta el siglo XV bien entrado, la creación literaria conoció un freno. Pero llega la «galaxia Gutenberg», y la cultura oral dejó paso a la escrita. Cita a Asimov cuando el norteamericano habla del video perfecto, que no ocupa lugar, que puede visionarse a oscuras en un televisor propio intangible, y que no consume energía eléctrica. Ese video es el libro. Y menciona libros, sus libros, desde el «Poema de Mio Cid» hasta el «Quijote», «Fausto» y «Romeo y Julieta». Y el «milagroso resultado del naturalismo» en el siglo XIX: «El padre Goriot», «Fortunata y Jacinta». Nos habla el autor de sus meditaciones sobre las dos grandes guerras, que desembocan en su alta valoración de tres obras: «Sin novedad en el frente», «Los Thibault» y «Adiós a las armas». «Son tres narraciones que están ahí para las generaciones venideras.» Tres perspectivas de lo que fue la primera gran contien-



● Se hallan vivas la idea de la libertad y la defensa de los derechos humanos

da, su tragedia. Y aclara en seguida que todos los géneros literarios son igualmente valiosos, cuando el escritor es «el paladín de la verdad y de la cultura». Formula una de las ideas en que se apoya: la integridad intelectual significa escribir pensando en los demás... Lo que no cabe en la literatura es el engaño. Recuerda una anécdota personal: su lectura, en trance difícil, de «Narciso y Goldmundo», de Hermann Hesse.

Más adelante compone su clave, completándola, con los libros de aventuras —«Gulliver», el caso de Daniel de Foe, y elogia la reciente «La conjura de los necios (la llegada del genio se advierte porque todos los necios se oponen a él)». Viene a nuestra literatura, de Juan Ramón Jiménez a Jaime Gil de Biedma, pasando por Antonio Ma-

chado, León Felipe y Alberti, y cita insistentemente a Baroja. Y recuerda «La colmena», de Cela, y «Tiempo de silencio», de Luis Martín Santos. En la moderna literatura científica menciona la bipolaridad de «Libertad de elegir», de Friedman, y «La era de la incertidumbre», de Galbraith. No se olvida de la ciencia-ficción y de la novela negra, de Dashiell Hammet a Vázquez Montalbán, y la profundidad dramática de Scervanenco, en Italia.

Se refiere a los problemas de la cultura, la falta de dotación de sus instrumentos, la industria editorial, las exportaciones... Como problema no menor alude a que «no tenemos una política de cultura más activa», con menos promoción que

el rock, con el cual no está en contra, pero se lamenta de que se le preste tanta atención.

Para Tamames, «la industria editorial deberá tener en España no una ayuda ortopédica, sino un sistema clarificador». Y termina: «Somos todos los que hemos de hacer que la cultura de la galaxia Gutenberg siga siendo poderosa y continúe incentivando nuestras vidas.»

Libro polémico el de Ramón Tamames. Alguna de sus diez «claves» abrirá fuertes discusiones. A pesar de su carácter sintético, las provocará. Nosotros nos limitamos a exponer, apresuradamente, la tercera «clave» de 1984.

EDUARDO G. RICO

En París, sin aguacero

Murió en el ambiente de «Rayuela»

La muerte de Cortázar acaba físicamente con uno de los grandes escritores hispanoamericanos del siglo. Junto a Márquez y, sobre todo, Borges, Cortázar había sido, al menos para mi generación, nuestro cómplice y amigo. Siento, pues, su muerte. Munick editores terminaba de lanzar al mercado editorial español un conjunto de artículos suyos sobre la revolución y posterior gobierno de Managua. Hace unos pocos meses, Rosa María Rodríguez escribía para este suplemento, para ti, Julio, un artículo sobre uno de tus/sus últimos libros, coparticipado con Carol Dunlop. Ella había muerto, días/tiempo después del viaje fantástico por la real/irrealidad de una autopista París-Marsella. Ahora, él, Julio Cortázar, nos deja, víctima de leucemia coronada con infarto en un hospital de París. No pudo volver a la Argentina en proceso de democratización. Murió quizá en el ambiente, querido, de «Rayuela»: París.

Julio Cortázar, lo he dicho, es uno de los grandes de la narrativa latinoamericana. Su trayectoria se inicia con libros como «Todos los fuegos del fuego» o «Bestiario», para, pasando

por sus sensacionales «Historias de cronopios y de famas», irse hacia la novela. «Los premios», «Rayuela», «62 Modelo para Armar» o la impresionante «Prosa del observatorio». Cortázar hi-

zo de lo fantástico el lugar de lo real; hizo de lo real la génesis multiforme, simultánea, azarosa y multiargumental de la fantasía y la imaginación. Esta, la imaginación, se presenta en su obra como una construcción lógica/azarosa, mecano y mito, al que se denomina conciencia, identidad o Yo. «Rayuela» o «62 Modelo para Armar» significan el rompimiento con la novela entendida como línea, autor, argumento, etc. Rocamadur o La Maga, Oliveira o Marrast, Helene, Polanco, etc., son legibles al revés y al derecho, hacia delante o atrás. Narrar es, ya se sabe, construir un sentido. Carroll lo dijo y vio: el sentido nace del **sinsentido**. Es, justo, esto: **sinsentido** organizado según

la lógica de la identidad y lo Mismo. Y Julio sabía que todo podría suceder, que en cualquier parte podría asaltarnos una magnolia sin nombre o una historia ignorada, incrustada en el marasmo multiargumental del devenir de lo real. Eso y la ternura. Me viene a la mente cuando yo leía en Jávea, frente al mar, ignorado mar de hace unos años, la historia prodigiosa de La Maga. Y Cortázar ha muerto. Quizá fuese verdad que el médico aquel de los «Cronopios» tuviese medias de mujer, sí, es posible; pero lo cierto, lo irremediable es su muerte. ¡Qué enojosas pasadas juega la Realidad! Mi generación leía a Cortázar con placer, y gesto, y grito. Mi generación esperaba acaso lo inesperable cuan-

do leía «El Patriarca», de Márquez, o cuando, fascinada, aprendía la lógica «al revés del envés» en los cuentos platónico-panteístas de Borges. Hoy, la literatura de Cortázar es lo único que de él nos queda. Sus últimos libros de relatos, «Queremos tanto a Glenda» y «Deshoras» fueron su última contribución a la narrativa propiamente dicha. Vinieron después Nicaragua y Carol, la autopista París-Marsella, la autopista como final de trayecto e imagen onírico-mágico-simbólica del mundo. Hoy, los dos han muerto. Y yo oigo la noticia en un autobús Valencia-Madrid. Y callo. Y me digo que tengo/quiero escribir mi último artículo sobre Cortázar, mi último artículo. Quiero seguir cre-



yendo que sí, que puede ser cierto y que «vemos, entonces, que el doctor tenía medias de mujer»; que, pese a su muerte, era cierto que Cortázar tuviese, si no la Razón, sí razones, y por ello, sólo por ello, Julio, estas líneas, este abrazo.

Joaquín CALOMARDE

La cultura sin «k»

«Información Cultural». Edición del Ministerio de Cultura



Con un trabajo fotográfico de Luis Pérez Mínguez, que el lector puede ver aquí, se abre el número 9 de «Información Cultural», publicación que edita el Ministerio de Cultura, y que trata de responder a su título. A nuestro juicio lo consigue plenamente. Reúne en su contenido, con abundantes ilustraciones, noticia breve y útil de cuantos hechos acaban de ocurrir o están ocurriendo en el ámbito cultural: exposiciones, música, teatro, cine, reuniones del Instituto de la Mujer, libro y bibliotecas, con el homenaje a Sánchez Albornoz, la recuperación de los archivos de Margarita Nelken, premios y seminarios. También se refleja la promoción sociocultural, con la programación del aula de la tercera edad, y la «Expolangues 83», y hay secciones dedicadas a la actividad de la juventud —Certamen Juvenil de Artes Plásticas— y a las bellas artes, con noticia de recuperaciones, inventario del Patrimonio de Avila, etc.

Nuevo rumbo

«Cantos y mitos», de Gabriel Celaya. Colección Visor



Ya hemos informado ampliamente del reciente homenaje dedicado, en el cincuenta aniversario de la publicación de su primer libro, a Gabriel Celaya, uno de nuestros más grandes poetas y, sin duda, el más influyente durante toda una época. Celaya ha dado un nuevo giro a su poesía, y es este quizá, el libro que mejor expresa su nueva dirección. Se corresponde con sus «memorias», que representan su biografía intelectual y en las que está presente su pensamiento último. Un pensamiento que no rompe la consecuencia que define al escritor vasco. «Ser uno en los otros», he aquí un excelente lema para la nueva poesía celayana. Abre el libro un pensamiento del poeta: «Sólo cuando descubrimos cómo algunos viejos mitos prefiguraron los acontecimientos de nuestra vida, esos acontecimientos dejan de ser banales y adquieren la plenitud de su significación reveladora.»

La amenaza atómica

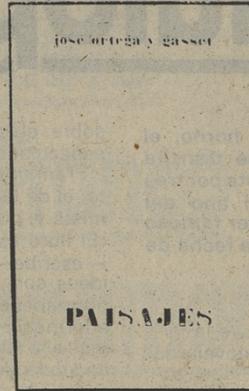
«Rota ha entrado en guerra», de Luis Solana. Primera Plana. Argos Vergara.



La colección Primera Plana se va enriqueciendo con nombres y títulos. Luis Solana, al que todos conocen como hombre muy activo en la vida política, se presenta ahora como escritor. Hay verdad y, sobre todo, hay afición, en esta obra que nos ofrece. Y hemos comentado en estas páginas, más de una vez, la incursión literaria de Luis Solana. Ayer comentábamos su relación familiar, con dos hombres destacados en el pasado inmediato en la vida cultural española: los de Salvador de Madariaga y Ezequiel Solana. A la constelación literaria se añade ahora el de Luis Solana, que desarrolla la hipótesis de una guerra mundial iniciada por la explosión en Rota de una bomba atómica. Solana busca una solución satisfactoria para su hipótesis. No habrá tercera guerra mundial. A ver si sus deseos se convierten en realidad.

Ortega y los paisajes

«Paisajes», de José Ortega y Gasset. Edición de CEGAL



Un aspecto del Ortega escritor —a veces podríamos decir periodista—, fundido con el Ortega pensador. Mira el paisaje y lo piensa. De Madrid a Asturias, las tierras de Castilla, los castillos, Cantabria... A veces, su mirada se traduce en queja: «Esta pobre tierra de Guadalajara y Soria, esta meseta superior de Castilla... ¿Habrá algo más pobre en el mundo?» Ortega ve una Asturias rural: «Esta capacidad que la tierra asturiana posee de mantener al hombre en la campiña ha influido hondamente en el alma del pueblo que la habita». ¿Y qué dice de los castillos? Escuchémosle: «Y entonces los castillos parecen descubrimos, más allá de los gestos teatrales, un tesoro de inspiraciones que coinciden exactamente con lo más hondo en nosotros». Los textos aquí reunidos por los librerías españoles, pertenecen a «El espectador» y son, como ellos dicen, «páginas maestras».

Los timadores

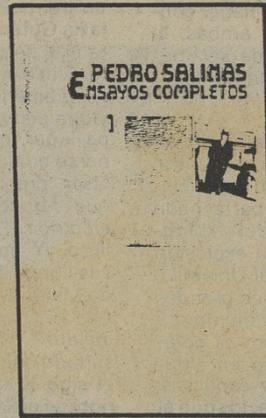
«La timoteca nacional», de Enrique Rubio. —Ed. Planeta.



Bodas de oro con la profesión, bodas de plata con Radio Nacional. Carrera fecunda la de Enrique Rubio. La conmemora el propio autor con un gracioso libro, en el que da prueba de su excelente conocimiento del mundo del «lumpen» y su facilidad para novelar anécdotas y sucesos. Este es el libro de los timos, la timoteca nacional, y en él figuran, diestramente descritos, tanto ellos como su modo de actuar, una serie de personajes que protagonizan historias reales. ¿Cómo viven los pícaros a costa de los bobos? Enrique Rubio nos ofrece un buen muestrario de «necios, bribones, ingenuos, pillos, bobos, granujas, vanidosos, cretinos, truhanes, lerdos, mangantes, vívidos...» Descubre Rubio los procedimientos de engaño utilizados por tan amplia gama de delincuentes, desde el vulgar «tocomocho» al timo de la estampita. Libro divertido, y probablemente para algunos, instructivo.

«Sí, Salinas...»

«Ensayos completos», de Pedro Salinas. Ed. Taurus. Tres volúmenes.



«Sí, Salinas...» Es de un verso entrañable de Vicente Aleixandre, compañero de generación. Con Jorge Guillén, Pedro Salinas es seguramente el más genuino representante de la generación del veintisiete. Esta edición en tres volúmenes de sus ensayos completos, prologada por Dámaso Alonso —otro gran poeta del veintisiete y amigo de Salinas— ha sido organizada por Solita Salinas de Marichal. Fue presentada en la pasada semana por Carlos Bousoño, Martínez Sarrión y Brines, el primero y el último en largas y detenidas exposiciones analíticas, que tratan de recuperar la auténtica personalidad de Pedro Salinas, quizá no bien tratado por la crítica poética española, y no bien estudiado en tanto que crítico. Bousoño y Brines realizaron una prolífica incursión no sólo en los ensayos de Salinas, sino también en su poesía y el verdadero significado de su personalidad lírica. Edición extraordinariamente importante.

Fantasía y realismo

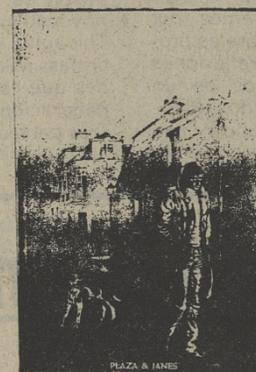
«La vuelta al mundo en 80 días», de Jules Verne. Ediciones Anaya.



Este regreso a Julio Verne que Anaya ha promovido, seguramente va destinado a un público lector joven, pero también el lector maduro lo recibirá bien. Julio Verne fue, si no un novelista «de anticipación» —aunque también en algunas de sus obras—, el que inició, singularmente dotado para la afición, la novela de aventuras, a la vez realista y fantástica donde se alternan viajes, política y hasta filosofía. Basta recordar «Miguel Strogoff, el correo del zar», obra en la que se dan estas notas. La presente edición de «La vuelta al mundo...» ha sido traducida por Javier Torrente Malvido, y comentada por Constantino Bértolo. Este último realiza un estudio breve, que constituye un acierto en la síntesis de explicaciones y juicios de los resultados de la apuesta del personaje Phileas Fogg. Señala Bértolo el «olfato y maestría» que caracterizan a Verne en esta novela.

Buenos días, Sagán

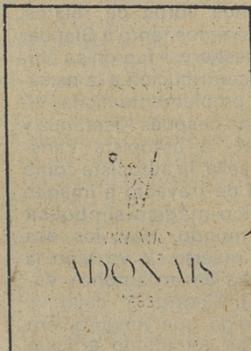
«El perro perdiguero», de Françoise Sagán. Plaza-Jaén.



Publicada en París en 1980, esta es la primera edición española que conoce el que es seguramente más reciente trabajo importante de Françoise Sagán. Ya se conoce su historia, dada su tremenda popularidad. Vivió la guerra mundial con grandes dificultades familiares, fracasó en sus estudios y, de pronto, en 1953, logró publicar «Buenos días, tristeza» —título tomado del verso de un poema espléndido de Paul Eluard— y obtuvo fama y prestigio literario en pocas semanas. Ha sido ya traducida a infinidad de lenguas. «El perro perdiguero», título de la novela que hoy nos ocupa ya no refleja escenarios muelles, como tantas de sus novelas; ya no es una réplica de ciertas zonas de la burguesía sino que posee un contenido dramático, de aventura y pasión, que se desarrolla en un ambiente en el que reina la miseria. Esta es una Sagán diferente.

Con o sin agua

«Adjetivos sin agua, adjetivos con agua», de Javier Peñas Navarro. Colección. Adonais. Rielp.



Hay que dar noticia de un poeta joven, porque ésta, a mi modo de ver, es la finalidad que persigue la convocatoria del premio Adonais, revelador de excelentes cultivadores de la lírica que dan sus primeros pasos públicos (recordemos el nombre de Blanca Andreu). Javier Peñas Navarro, que recibió el pasado año el galardón, es un poeta de Villalba y de 1956, que ahora ejerce el profesorado en Berga. A pesar de que ha escrito mucho, ha mantenido inédita su obra, y esta es su primera salida en letra impresa. Libro inteligente el del nuevo poeta. Lo yermo y lo fecundo frente a frente, las paradojas de la vida. Del agua al amor: tal es su temática. Las cosas que pasan en la vida cotidiana, desde las más pequeñas a las decisivas. Sentimientos expresados con una singular perfección formal. «Y así hasta que la lluvia nos despierte», de Juana de Ibarbouru, es uno de sus lemas.

Narrador inolvidable

«Aproximación crítica a Ignacio Aldecoa». Introducción de Drosoula Lytra. Seleccionadas Austral



Ignacio Aldecoa, que fue sin duda el narrador que encabezó en su tiempo los años de la larga posguerra, la tendencia «social», pero sin «compromiso» —y esta es la diferencia que distancia a su obra de la que luego aparecería, con Antonio Ferrer y Armando López Salinas en la primera línea— bien merece algo más que un recuerdo. En este libro se recopilan estudios generales de Abbot, Aznar, Caballero Bonald, Díaz Pérez, Durán, Rosa, Tijeras, algunos de los cuales se detienen en sus cuentos y estudios sobre las novelas, debido a Jelinski, Zatlín, Borau, Cela Trulock, Lasagabáster, Bleiberg y Llanes. Completan el volumen, tan importante por el tema y las firmas, dos semblanzas, en las que se citan aspectos de su vida cotidiana. Son autores de éstas Jesús Fernández Santos y Carlos Edmundo de Ory. Hay, como se señala en la introducción, un interés creciente por Ignacio Aldecoa.

Sin secretos

La «dictadura» de la literatura «social»

FUERON excelentes las intervenciones de Martínez Sarrión, Bousoño y Brines en la presentación de los ensayos completos de Pedro Salinas, pero sé que un sector del público no se manifestó muy acorde con una «boutade» del último de los hablantes, un poeta al que siempre se ha apreciado. Vino a establecer Brines una extraña relación entre la dictadura de Franco y la de la literatura social. No, eso no gustó. ¿Qué dictadura? Si hubo alguna en las letras, y no en los cuarenta años franquistas, pero sí por largo tiempo, fue la de la «Juventud creadora», capitaneada por José García Nieto —al que no se le hubiera ocurrido nunca una sentencia como la de Brines—, que gozaba del apoyo oficial —«La estafeta literaria», por ejemplo—, y de un clima propicio, justamente porque existía la otra dictadura. Los primeros intentos de renovación en un sentido «social», vinieron del Norte, concretamente de Gabriel Celaya y su publicación, y también de la revista de León «Española», donde, si no recuerdo mal, Nora y Cremer hicieron sus primeras armas poéticas.

● Ya muy entrados los años cincuenta, la literatura «social» adquirió mayor fuerza por la contribución de narradores que, en mi opinión, nunca aceptaron, ni aceptan los vivos, la definición. Pienso en Aldecoa, en Fernández Santos, en Sánchez Ferlosio, en Ana María Matute, en el propio Miguel Delibes. La antología de Rives, ya en los cincuenta, prestó un cierto respaldo, por votación, a los poetas «sociales», algunos de los cuales ya están «comprometidos», por utilizar el lenguaje de la época.

● El impulso real recibido por la literatura social vino de Barcelona más tarde. Fue Carlos Barral el que, conscientemente, apoyó desde su editorial la producción de Grosso, de López Salinas, de Feres, de López Pacheco, de los Goytisolo, y de pocos más. Los que se afirmaron como

escritores fueron los que hicieron una literatura de calidad. Los apellidos como «social» son lo de menos. No me parece que haya sido «social» la colección «Adonais», ni les gustaría que los clasificaran como «sociales» a los promotores y los lectores (ni los oyentes) de los mil recitales que proliferaron en los cafés de Madrid en aquellos años. Tampoco las revistas de noveles, pienso en la titulada «Umbral», de Pablo Antonio Panadero, estaban en esa línea. Ni las «matinales» de los domingos en el Lara: «Alforjas para la poesía». Ni los

«Viernes», del Varela. ¿Dónde esa dictadura, Brines? ¿En la polémica antología de Castellet? También fue Castellet el «creador» de los «novísimos». A Jaime Gil de Biedma se debe, además de una excelente poesía, la influencia de Cernuda, nada «social», por cierto. Angel González empezó publicando en «Adonais». También López Pacheco, ya hablamos de «comprometidos». Hay que ser justos cuando se juzga con pretensiones de seriedad, en una inteligente intervención, por lo demás.

Tomemos lo de Brines como una broma más, y vayamos a las cosas serias. La edición de Taurus es tan oportuna como espléndida. Los tres presentadores así lo han sabido ver.

● Alfonso Guerra estuvo entre los protagonistas de la semana cultural. En tres ocasiones diferentes: una emisión de radio, en la que subrayó con agilidad sus inquietudes culturales. Sólo conozco a un personaje político que se haya atrevido a realizar con frecuencia manifestaciones de esta índole: Francisco Fernández Ordóñez, lector infatigable, el mismo escritor, autor de poemas, espectador de teatro. La segunda ocasión sucedió en el palacio de Cristal, cuando se inauguró «Arco», una muestra que crece en calidad cada año. «El progreso industrial ha embotado la necesidad artística de la sociedad», dijo el vicepresidente. En la tercera oportunidad, que



Una «boutade» de Francisco Brines

ocurrió el viernes, presentó el libro de Txiki Benegas sobre Euskadi. Se me dirá que éste es un libro político. Lo es; pero significa mucho más: es también la historia de una vida, escuchada y escrita por Pedro Altares con estilo transparente. Y Alfonso Guerra marcó con fuerza la honestidad y la humanidad del biografiado, no sólo su actitud política, por lo demás bien clara, como la del vicepresidente.

● Angel García Moreno, que vio cómo lamentablemente se le iba otra vez el premio Mayte —cierto que contra una primera figura joven del arte escénico— se irá a Méjico con su «Gloria», de Francisco Ors, el mes que viene. Y tiene preparada una sorpresa —alguien me lo dijo al oído— para la próxima temporada. Dirigirá «Buenas noches, madre», un duelo de hora y media entre dos personajes, original de Marsha Norman. La va a producir y también la va a montar. Será un premio como una casa. No tiene que-

ja. Ya hablaremos de los actores elegidos para este desafío: hora y media en el escenario.

● «Narvéez y su época», de Jesús Pabón y Suárez de Urbina. Otro libro presentado el miércoles en la Biblioteca Nacional por Espasa Calpe. Le echaron una mano al autor Ignacio Bayón, Jover Zamora, Palacio Atard y Javier Tusell. Narvéez, un «espaldón». Aquel que le decía al cura en la hora de su muerte que no podía perdonar a sus enemigos: «Los he fusilado a todos.»

Y el premio Espejo de España, el mismo día, se lo llevó Carlos Rojas. No se le pudo llamar a Atlanta; se desconocía su teléfono. Pero estaba allí su representante, Ramón Serrano. De todos modos, se lo esperaba. Todo el mundo aguarda este libro sobre Picasso. ¿Qué podrá decirse de Picasso que no se le conozca ya?

EL DISCRETO IMPERTINENTE



Alfonso Guerra: Semana cultural

Entre la Luna literaria y el Azca musical

Crónica de una juventud anunciada



Ramón: «La Luna de Madrid»

A. SABUGO ABRIL



«Aparece la figura delgada de Kafka»

La juventud literaria de estos días no es rebelde, es estoica. Aguanta con sonrisa pacifista su futuro que no llega. Mientras, en un sótano de vecindad, crea el alma de una revista. Formada por pasiones sublimadas —ego, fama, erotismo, sociedad—; por humores, ácido cítrico para escribir panfletos airados, disminuido su revulsivo por el dulce néctar de algunos poemas amorosos, leche de fresas y otros edulcorantes del vinagre congénito; hiel de almendra dulce, juventud, tesoro-pulsera de cobre. El cuerpo es una estructura subterránea de pasillo, que conduce a estancias vacías, vigiladas por los colores de algunos cuadros inacabados, sombras que aguardan unos marcos. En la desolada habitación de baldosas viejas y paredes por encalar, unas mesas, sillas; dos máquinas de escribir, reinas de la ceremonia que telean con la importancia de escribir un manifiesto. Llamen en la puerta, antigua. Crujen las carcomas y aparece la figura, delgada de Kafka; tal vez Tristán Tzara. O es Ramón neomoderno con bastón y chistera. Por las rendijas acechan las ratas; pero Ramón las mete en su sombrero y las transforma en la «Luna de Madrid», una paloma o Luna llena, que vuela por el cercano Retiro.

● El taller de escritura es un ámbito vacío. Un espacio así, de suelos rojizos y paredones grises, sólo se llena con ideas. La invención del presente son cuadros, sin pintar, que ya adornan los salones acomodados del siglo XXI; una antología de poetas, ahora ignotos, que se editará en videojuego, para distracción de las lechuzas atenienses; una novela futurible, que descubrirán los terrígenos del 2984, y que los críticos más perspicaces también atribuirán a Orwell... El poder de la imaginación ya está en manos jóvenes: es una bola de

colores, un conejo, un pez, un cisne, o la Luna, según se mire.

● La juventud literaria lleva la Luna y la modernidad al Centro Cultural de la Villa de Madrid, con permiso y sonrisa de don Enrique Tierno. Es una fiesta de la primavera, una agresión contra el invierno, cuando Madrid es una niebla asustada por el tráfico, el frío que alimenta el gusano metafísico de los nuevos pensadores. Los muchachos de la greña technicolor, cuero de poliétilo, bufanderos, algo sonados por el humo «sicalíptico» (te destierro

palabra de la tumba de la modernidad), por el sándalo y el jazmín, las sonajas de collares, pulseras, llaman a la primavera, porque quieren y ya no aguantan más al invierno. (El calendario es una invención, la primavera está en el cuerpo.) Por detrás de los jardines del Descubrimiento sale la Luna llena (Madrid es la capital de la modernidad), y los lobos aúllan por el Campo del Moro.

● La sala no huele a grifa; si acaso, se percibe el jah...chís! de un resfriado. Viene el olor de alguna piel del rastro contractual, que

también se curtió cuando llegue su hora. (Ya acechan los marchantes y los ejecutivos disfrazados de rockeros de toda la vida, con la bolsa en el lado bueno del pecho.) También hay muchachas bonitas, musas de otros pagos, vestidas por Serrano/Dior, con una violeta de inocencia en sus ojos. Unas gotas de modernidad no estropean el perfume de clase, esa sinfonía íntima de buenos colegios/ballet/gimnasias rítmicas. La cuna y la luna distinguen a las muchachas, aunque vistan sus vaqueros. Pero la

(Pasa a la página siguiente)

Cada semana, un cuento

Por un segundo

El establecimiento estaba en una calleja diagonal a una de las vías centrales. Un teatro y un convento eran los responsables de tal línea irregular en el trazado urbano. Corta, estrecha y sombría, apenas se prolongaba dos manzanas: los dos edificios responsables de su persistencia. Luego, un trozo de tiendecitas humildes: una frutería, una tabernita, un fontanero, un tinte y...

La otra tienda, ¿qué era? La mayor parte del año, un local cerrado. Un local en obras. Uno de esos locales donde no cuaja ningún género de negocio, y la apertura arrastra inevitablemente a la ruina al esperanzado industrial. Se recordaba hubo una sombrerera; después, un obrador de plancha; tras mucho tiempo desalquilado, un bar de estridente decoración, al que sucedió una librería y, más tarde, un persianero. Ahora, otra vez, una valla de tablas con manchas de pintura, procedentes de empleos anteriores, y una reforma.

Dos amigos pasaban juntos a menudo por la acera. Vivían en la misma casa y trabajaban cerca uno de otro. Hacían unidos el recorrido. Y más de una vez, como todo el que pasaba por la calle, habían comentado los frecuentes cambios que sufría el local. Pero, aunque no hubieran comentado ninguno, habrían de hacerlo en esta ocasión. Cuando la valla desapareció, la curiosidad era mayor, casi inevitable; la portada. Se ofrecía escueta y atrayente, sin un sólo letrero, y con una puerta de vidrio esmerilado, cruzado por una barra metálica, para facilitar el empujón. La barra, de un metal parecido al cobre, pero más sonrosado, el mismo que bordeaba el marco y se extendía sobre el dintel en dos líneas paralelas. El cristal no era transparente, pero tampoco totalmente opaco, sino simplemente empañado, velando suavemente el interior, lleno de luces claras como los brillantes limpios de todos los materiales de la fachada.

Era atractiva, casi absorbente, la limpieza y la luminosidad de la tienda. Invitaba a entrar a adquirir algo, aunque no se sabía qué cosa podría adquirirse. Los dos amigos cortaban su conversación cuando entraban en la calle, miraban a la tiendecita y aunque evitaban muchas veces hablar de ella, les inquietaba. Unas veces se habían acercado, retrasando el paso e intentando penetrar con la mirada. El cristal, velado, no dejaba ver nada. Sólo una claridad, como

si todo terminase en un telón. En cambio, desde el punto más alejado de la acera opuesta se adivinaban sombras trazando una difusa perspectiva hacia el infinito.

En alguna ocasión descubrieron una figura humana -sin duda el dueño- al otro lado del cristal. Era un hombre calvo, sin pelo en los aladares ni en bigote y barba, aunque quizá fuese muy afeitado. Una cara apenas sin relieves, sonrosada, pero sin calidades humanas. Algo así como si se tratase de un enorme muñeco de celuloide. O de jabón. Esos muñecos de jabón que venden en las ferias pueblerinas y se disuelven en una espuma tosca. Sonreía y les miraba con su sonrisa estática, insi-

nuante, como si nos conociera; mejor, como si nos comprendiera.

Los dos amigos llegaron a preocuparse demasiado. Para uno de ellos la inquietud llegó a obsesión. Y una mañana propuso entrar a preguntar qué se hacía o qué se vendía en la tiendecilla. Su amigo, más vergonzoso, o menos inquieto, se negó. Trató de disuadirle. El otro insistía, tenaz, acercándose a la puerta. Su amigo adelantó el paso y dijo le esperaría caminando despacio.

Sonó la puerta con un chasquido metálico. Le oyó sin volver la cabeza atrás. Llegó hasta la esquina. Allí se volvió. Esperó, sacó un pitillo y dio varios paseos cortos con la atención puesta en el esperado sonido de la puerta. Concluyó el cigarro y miró al reloj. ¡Había pasado la hora de entrar en la oficina! Estuvo a punto de dirigirse a la puerta encristalada para avisar a su amigo, pero pudo más la presión del deber. Apresuró el paso y corrió hacia su trabajo.

Por la tarde estuvo atento a ver si coincidía con su amigo, pero no ocurrió así. A la noche, la curiosidad había aumentado, le acuciaba y le hizo presentarse en su casa. Encontró a la familia inquieta: no había ido a comer, ni había avisado, y ya era bastante tarde para su regreso en la noche. Telefonaron a la oficina y les habían dicho que no había ido en todo el día.

El amigo sintió una inquietud que le paralizaba. No era terror, sino la impresión de que sólo él conocía el extremo del hilo que conducía al secreto, a un extraño e imprecisable secreto. Se despidió y se encaminó hacia la tiendecita.

A pesar de la hora estaba igual que a las horas de trabajo. Una luz, sin duda lejana, en el interior, enviaba la suave claridad que se amortiguaba en los cristales. En la noche se abría su invitación suave y misteriosa.

Decidido a entrar, puso la mano en la barra metálica. Sentía ya ceder el pestillo que producía el sonido metálico que había oído en la mañana, cuando se dio cuenta. Abrió la mano, como si el metal quemara, y dio un paso atrás, despertándose ante el abismo. Un segundo después habría sido tarde. Tras la vítreo claridad y la nebulosidad brumosa, la NADA le esperaba para engullirle.

La reciente desaparición de Jorge Campos (véase «Iluminados y Conversos» del 9 de agosto de 1983) no puede, no debe, hacer caer en el olvido injusto a uno de los más dotados prosistas con que ha contado la literatura española de posguerra. Sorprende que, habiendo dejado un buen haz de relatos inéditos, todavía no haya habido un editor alerta dispuesto a publicar uno de sus libros singulares. ¿Es que el cuento, la narración breve —ese género difícil como la buena poesía—, ha de continuar siendo la Cenicienta de la literatura...? En 1956, un jurado compuesto por Gerardo Diego, José María de Cossío y Melchor Fernández Almagro concedió a Jorge Campos el Premio Nacional de Literatura («el bueno»), el mismo premio que en su día ganaron Alberti y Casona; no «el otro», el que llevaba el nombre de José Antonio Primo de Rivera y se concedía más por razones políticas que estéticas. El merecido galardón lo obtuvo Jorge Campos por «Tiempo pasado», una colección de cuentos que hacía el sexto de sus libros de relatos. Los que le precedieron («En nada de tiempo», 1948; «Pasarse de bueno», 1950; «Vichorli», 1951; «El atentado», 1951, y «El hombre y lo demás», 1951) fueron acreditándole como escritor fluido, dueño de la expresión, original creador de ambientes y personajes, con un don para fabular envidiable. Alternó esta labor con otros títulos que dio a la imprenta, algunos tan importantes como «Conversiones con Azorín» (1964), «Teatro y sociedad en España, 1780-1820» (1969) o «Introducción a Pío Baroja» (1981). Sorprende, y duele, que seis meses después de su muerte ninguna editorial anuncie la publicación de los libros de cuentos que permanecen inéditos o la reedición de aquellos que vieron la luz, hoy inencontrables. ¿Es que se quiere privar a las nuevas generaciones de conocer uno de los mejores cuentistas españoles de las últimas décadas?

Jorge Campos

Crónica de una juventud...

(Viene de la página anterior)

modernidad es el pan de todos, moda/modo que se reparte.

● Cuando la luna cultural se apaga, los muchachos de la nueva frontera van al complejo de Azca, a la noche de Madrid, paraíso buscado. Azca es el sumidero de la música, las luces y la noche de la urbe. Allí se resumen el cielo y el infierno de la ciudad cosmopolita y provinciana, capital y pueblo. Por debajo de los rascacielos —poliedros de ambición bancaria, prismas de fauces multinacionales—, el subterráneo, la infraciudad, es un grito-música;

la llamada del ritmo, y la soledad, acompañada por la voz de un negro, donde la juventud juega al gana o pierde de sus días efímeros, la vida; consumada entre el humo paradisiaco, el alcohol, el sexo de colores.

● Escapando de la sociedad, trabajo, estudio, tal vez del asqueado y dulce no hacer nada, llegan los muchachos a las entrañas de Azca, en sus motos encabritadas, relinchantes, con los ademanes de cartón Heston/Ben-Hur, de sus mejores días; jóvenes y poderosos, como queriendo

poner las discotecas, niñas y pañuelos a sus pies. Pero todas sus novias son de cine, sombras chinas que sobre una hachada de cristal mantienen su pose de símbolos celuloideos. Los muchachos, reunidos en grupo, camada de cazadoras negras, cueros curtidors por el desarraigo, hijos de nadie, caras de Marlon Brando/Elvis Presley, cruzadas por un puñetazo de Steve McQueen, avanzan hacia la ciudad prohibida que construyeron los nuevos faraones de la especulación/metro cuadrado, los hombres de cemento.

Creen que van a pararse las sirenas tecno-pop de las discotecas, que las niñas van a venir como gatos multicolores a admirar su plante de «rockabillys». Pero las niñas siguen bailando solas, encomendándose a Visnú o a Buda, mascando su música, la que segrega su cuerpo caleidoscópico, entre las falsas luces de un paraíso musical, carmesí, oro y cristal.

● En la madrugada, cuando los gallos de Azca canten como un silbido de metro, los muchachos decadenes, estudiantes o pa-

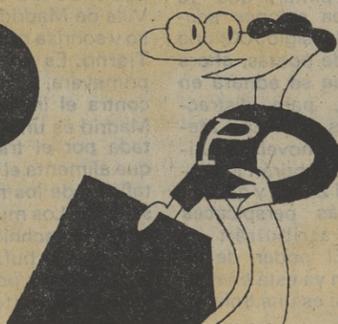
rados, elevarán canciones de terciopelo o escribirán los poemas más tristes, sobre los cuales ya lloró Neruda. Pero mientras tanto, hasta que la noche les venza con su brazo invisible, en el pulso cotidiano, los muchachos, recién peinados, con cara de comerse la manzana prohibida, lucharán por su identidad, buscando amor o sólo compañía; ahogando a su yo, que llora como una muñeca de cuerda, con varias copas. Buscarán el goce, en el ruido destroza-mitos de sus motos, en la boca ardiente de una chica o en los labios

fríos de un vaso; en el cuerpo evanescente de la música/sexo.

● Modernidad/cultura/música. Yoísmo, otridad, amor, caos, nada. El inconformismo de la juventud es una búsqueda que los espectadores no comprenden. No hay rebeldía social. Su evolución es el despertar a un nuevo sueño. Los sociólogos agitan el juego entre sus encuestas y pronósticos y no entienden el invento. La nueva cultura ya no se sabe si es el arte, el deporte o el juego. Imágenes, palabras, música. Ruido. El oro se desintegra en polvo. La juventud busca el paraíso. Dentro de algunos años sabrá si estuvo en el cielo o en el infierno.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES